



Paz y Bien

XXVIII Domingo durante el año
14-X-2007

Textos:

II Rey: 5,10. 14-17.

II Tim.: 2, 8-13.

Lc.: 17, 11-19.

“Si somos constantes, reinaremos con Cristo”.

La Palabra de Dios, nos plantea una cuestión, un interrogante no menor, el de la pureza de la fe y sobre cual es la fuente de la salud y de la salvación.

Diez leprosos son curados por Jesús mientras van de camino a presentarse a los sacerdotes por orden de Jesús. Los sacerdotes tenían la obligación de declarar impuros a los leprosos (Lv. 13, 11-12), pero también la de constatar su eventual curación y anular el veredicto de impureza (Lv. 3, 16-17).

Está claro que es únicamente Jesús el que opera el milagro, que se produce mientras los leprosos van a presentarse a los sacerdotes. Pero para los judíos enfermos el rito litúrgico prescrito en la ley es tan decisivo que atribuyen toda la gracia de la curación a la ceremonia prescrita. Exactamente igual cuando nosotros, cristianos muchas veces consideramos que “practicar” es el auténtico centro de la religión y olvidamos completamente la gracia recibida de Dios, que es el punto de partida y la meta de la “marcha de la Iglesia”. Tendrá que ser un “extranjero” (un samaritano), no familiarizado con los ritos y tradición judía, el que percibe la gracia como tal mientras va de camino al encuentro con los sacerdotes -“la autoridad sanitaria”- y vuelva a dar gracias al lugar adecuado.

Este episodio nos plantea la cuestión de la centralidad de Cristo en nuestra vida, en nuestra oración y en la evangelización.

Así como los leprosos judíos creyeron que fue el rito el que los curó y no Jesús; y Naamán el sirio creía que era el agua la fuente de la salud y no el poder de Dios (II Rey 5, 10-13), también nosotros podemos descentrar, perder el quicio de nuestra vida religiosa, desviando la atención hacia devociones, que no son necesariamente malas, siempre que no ocupen el lugar de Cristo.

Hermanos, un campo de las posibles desviaciones, es el de la religiosidad o piedad popular, que sin negar todo lo positivo que ella contiene, debemos confesar los límites -contra todo populismo religioso-,... pues “está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones” (E. N. 48).

Es una deformación de la vida religiosa cuando ponemos nuestra esperanza en los ritos, cadenas, etc., y no en el que es “centro y a la vez culminación de la fe: Cristo” (cof. E. N. 27).

Al perder de vista la fuente de la salvación, y el contenido esencial de la evangelización, que es Cristo y su Pascua; podemos caer en “una salvación puramente inmanente, a medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal, y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales; en lugar de la verdadera salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto, Dios, salvación que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad (E. N. 27).

Hermanos, dos aspectos debemos reconocer en un acto de fe auténtico: primero la necesidad de ser salvados, pues “el que no reconoce su enfermedad, da por superfluo al

salvador” (San Agustín). Y en segundo lugar, que el Señor se lo descubra y conozca en la fe que Él muchas veces alabó en tantos personajes, ya que “no es gran cosa ver a Cristo con los ojos de la carne; lo grande es creer en Cristo con los ojos del corazón” (San Agustín).

Hermanos, en el episodio evangélico, sólo el Samaritano pudo descubrir en Cristo la fuente de su salud. Por este episodio comprendemos que no hay conocimiento válido de Cristo, sino el de Cristo Salvador. Es al que conoce y al que anuncia Pablo a los corintios: “... cuando los visité para anunciarles el misterio de Dios, no llegué con el prestigio de la elocuencia o de la sabiduría. Al contrario, no quise saber nada, fuera de Jesucristo, y Jesucristo crucificado” (I Cor. 2, 1-2); de esta manera salud y conocimiento van de la mano.

Este conocimiento supone una presencia en nosotros, misteriosa, real, del que es conocido; así los afirma san Pablo: “Habite Cristo en vuestros corazones para que puedan comprender” (Ef. 3, 17). Por eso el Apóstol habla de los “ojos del corazón” (Ef. 1, 18). Y el profeta Jeremías había anunciado: “Yo os daré un corazón para conocer” (Jr. 24, 7).

Hermanos, sólo uno de los leprosos vio, y a él le cabe aquello de que son “Bienaventurados los ojos que ven”. Este fue el camino de conversión de san Pablo cuando se dirigía a Damasco: “cayeron de sus ojos unas como escamas” (Hch. 9, 18), la salud penetró por los ojos. “Mis ojos -los ojos del corazón- han visto tu salud”.

El conocimiento va unido a la salud que viene de Dios y no del hombre. “«Conócete a ti mismo», había dicho la filosofía antigua: ahí está la sabiduría, ahí está tu salud. Pero ¿cómo podrá hallarse la salvación en el hombre, en un movimiento del hombre en busca de sí mismo? Teniendo en su propio corazón sed de salud, ¿cómo podrá hallar la salud en su propio corazón? La salud está en el Salvador, al que halla el hombre, en el fondo de su corazón” (F. X. Duruwell, “En Cristo Redentor”).

Los cristianos, en función de nuestra salvación, cambiamos el “Conócete a ti mismo” por el “Conoce al Señor” que es la fuente de la salvación.

Hermanos, la fe cristiana es ante todo encuentro con Jesús: “una Persona que da un nuevo horizonte a la vida” (Benedicto XVI, “Deus caritas est, 1”).

Pidamos al buen Dios que sostenga y fortalezca las certezas que san Pablo nos trasmite en la segunda lectura. Nuestra salud está sólo en Cristo, que nos concede la gracia de perseverar hasta el fin, para que “muriendo con Él, vivamos con Él”.

Amén.

G. in D.